

EL MOSQUITO

HIPOTÉTICAMENTE CONSIDERADO COMO AGENTE DE TRANSMISIÓN DE LA FIEBRE AMARILLA

DOCTOR CARLOS FINLAY

Por considerarlo así y por la importancia que en cierra en sus doctrinas científicas, base de la campaña que contra la fiebre amarilla se sostiene en nuestros puertos, reproducimos el siguiente trabajo del Doctor Carlos Finlay, leído por su autor en la Real Academia de Ciencias y publicado en la Habana en 1881.

EL MOSQUITO

HIPOTÉTICAMENTE CONSIDERADO COMO AGENTE DE TRANSMISIÓN
DE LA FIEBRE AMARILLA POR EL DOCTOR CARLOS FINLAY.
MIEMBRO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, DE LA SOCIEDAD
DE ESTUDIOS CLÍNICOS DE LA HABANA
Y DE LA "SOCIÉTÉ SCIENTIFIQUE DE BRUXELLES."

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES ACADÉMICOS:

Algunos años ha, en este mismo lugar tuve la honra de exponer el resultado de mis ensayos alcalimétricos, con lo que creo haber demostrado definitivamente la excesiva alcalinidad que presenta la atmósfera de la Habana. Quizá recuerden algunos de los Académicos aquí presentes las relaciones conjeturales que creí poder señalar entre ese hecho y el desarrollo de la fiebre amarilla en Cuba. Pero de entonces acá mucho se ha trabajado, se han reunido datos más exactos y la etiología de la fiebre amarilla ha podido ser estudiada más metódicamente que en épocas anteriores. De ahí el que yo me haya convencido de que precisamente ha de ser insostenible cualquiera teoría que atribuya el origen ó la propagación de esa enfermedad á influencias atmosféricas, miasmáticas, meteorológicas, ni tampoco al desaseo, ni al descuido de medidas higiénicas generales. He debido, pues, abandonar mis primitivas creencias, y al manifestarlo aquí, he querido en cierto modo justificar ese cambio en mis opiniones, some-

tiendo á la apreciación de mis distinguidos colegas una nueva serie de estudios experimentales que he emprendido con el fin de descubrir el modo de propagarse la fiebre amarilla.

Debo advertir, empero, que el asunto de este trabajo nada tiene que ver con la naturaleza ó la forma en que puede existir la causa morbígena de la fiebre amarilla: me limito á admitir la existencia de una causa material transportable, que podrá ser un virus amorfo, un germen animal ó vegetal, una bacteria, etc., pero que constituye, en todo caso, un algo tangible que ha de comunicarse del enfermo al hombre sano para que la enfermedad se propague. Lo que me propongo estudiar es el *medio* por el cual la materia morbígena de la fiebre amarilla se desprende del cuerpo del enfermo y se implanta en el hombre sano. La necesidad de admitir una intervención extraña á la enfermedad para que ésta se transmita, resulta de numerosas consideraciones, algunas de ellas formuladas ya por Rush y Humboldt, á principios del siglo y confirmadas luego por observaciones más recientes. La fiebre amarilla una vez atraviesa el Océano para ir á propagarse á ciudades muy distantes y de condiciones meteorológicas muy diferentes de las del foco de donde ha provenido la infección; mientras que en otras ocasiones la misma enfermedad deja de transmitirse fuera de una zona epidémica estrecha, por más que la meteorología y la topografía de los lugares circunvecinos no revelen diferencias que expliquen ese comportamiento tan diverso de la misma enfermedad en dos localidades, al parecer iguales. Admitida la ingerencia necesaria de un agente de transmisión que explique las anomalías señaladas, es claro que sobre ese agente habría de recaer la influencia de todas las condiciones hasta ahora reconocidas como esenciales para que

la fiebre amarilla se propague. No era, pues, posible buscar ese agente entre los microzoarios ni los zoófitos, porque en esas categorías ínfimas de la naturaleza animada, poco ó nada influyen las variaciones meteorológicas que más suelen afectar el desarrollo de la fiebre amarilla. Para llenar esta primera condición fué preciso ascender hasta la clase de los insectos, y, teniendo en cuenta que la fiebre amarilla está caracterizada clínica, y también, según trabajos recientes, histológicamente, por lesiones vasculares y alteraciones físico-químicas de la sangre, parecía natural buscar el insecto que hubiera de llevar las partículas infectantes del enfermo al hombre sano entre aquellos que penetran hasta el interior de los vasos sanguíneos para chupar la sangre humana. En fin, en virtud de consideraciones que fuera ocioso referir, llegué á preguntarme si no sería el mosquito el que transmite la fiebre amarilla.

Tal fué la hipótesis que motivó la serie de estudios experimentales que voy á exponer.

La aplicación de las ciencias auxiliares á la Medicina suele exigir conocimientos tan variados y tan especiales en los distintos ramos del saber humano, que no debemos extrañar la tardanza que los estudios realizados en tal ó cual provincia científica suelen experimentar antes de poderse aprovechar en beneficio de nuestras investigaciones médicas. Nótese particularmente esa dificultad con respecto á la Historia Natural, porque la más de sus adquisiciones, fundadas en la observación directa de fenómenos naturales, para que podamos utilizarlas, casi siempre requieren una completa revisión desde el nuevo punto de vista que su aplicación á las ciencias médicas implica. Sólo así se comprende el que más de un siglo después que el ilustre Reaumur escribiera su admirable memoria sobre los hábitos del mosquito, justamente considerada como un modelo de exacta é inteligente observación y que, bajo un punto de vista general, parece casi agotar el asunto de que trata, cuando, ahora seis meses, yo recurrí á tan valiosa fuente, en busca de datos que me facilitasen el estudio que me había propuesto, no hallé los que más falta me hacían y me fué preciso, no tan sólo emprender una comprobación radical de los datos presentados por Reaumur, para cerciorarme de que eran también aplicables á los mosquitos de Cuba, sino también escudriñar otros pormenores que á Reaumur y á los demás naturalistas no les interesaba observar.

Comencemos por recordar á grandes rasgos la distribución geográfica del mosquito. En términos generales puede decirse que en todas partes los hay, menos en las cumbres elevadas. En efecto, el díptero que nos ocupa, el género *Culex*, que muchos creen especial tormento de las regiones tropicales, existe, por lo contrario, en todas las latitudes. En las regiones polares, los Lapones al par de los habitantes de las regiones equinocciales de América, no pueden tomar el alimento ni acostarse á dormir en sus chozas, sino sumergidos en una atmósfera de humo para librarse de esa plaga. Al aire libre los mosquitos se les meten por la boca y las narices; y esos hombres, á pesar de su cutis endurecido por el frío de sus inviernos, á duras penas logran preservarse por medio de velos saturados de grasas fétidas y untándose el cuerpo con crema ó manteca. En el Canadá, en Rusia, en Inglaterra, en Francia, en España, en toda Europa, en Siberia, en China, en los Estados Unidos, en la América del Norte, como en la del Sur, pululan los mosquitos. En el centro de Africa un viajero Alemán, el Dr. Schewinfurst, fué atormentado por unos mosquitos de patas pintadas (*spotty legged*), cuya descripción pudiera convenir al *C. mosquito* de Cuba y también al que el Dr. Arnold observó en Batavia, según refiere Kirby, considerándolo como una especie no descrita, parecida al *C. annulatus*, pero sin pintas en las alas.

Nótase, sin embargo, en la misma distribución geográfica alguna preferencia del mosquito á extenderse en los continentes antes que en las islas, confirmándose así la observación de Humboldt de que ese díptero es más abundante en las riberas de los grandes ríos que no en los islotes que se encuentran en los mismos, y que se siente menos el tormento de los mosquitos en el centro del río que cerca de las riberas. Quizá á esto se deba el que los primeros historiadores del descubrimiento de la América no hagan especial mención del mosquito en las Islas, durante los primeros viajes de Colón. No he encontrado mención especial de ellos en las Antillas antes de 1538, á propósito de una excursión de Hernando de Soto, cuyos soldados al atravesar un río, cerca de Puerto de los Príncipes, fueron picados de tal manera por los mosquitos, que tenían en las espaldas grandes manchas de sangre. A la misma inmunidad relativa de las islas débese sin duda atribuir el hecho siguiente, que un viajero americano refirió al entomólogo Osten Sacken (citado por el Dr. Taschemberg, Brehm IX, pág. 446). Por el año de 1823

no se conocían aún los mosquitos en las islas de Hawai; mas entre los de 1828 á 1830, un buque viejo venido de México fué abandonado en las costas de una de ellas. Pronto observaron los habitantes que al redor de ese lugar aparecían unos insectos desconocidos, chupadores de sangre. Esto despertó la atención de los indígenas y algunos curiosos solían venir por las tardes á dejarse picar por esos insectos tan extraordinarios. Luego se propagaron los mosquitos en esas islas y llegaron á ser una verdadera plaga.

Es cierto que el mosquito en todas las latitudes existe, mas no en todas las localidades se encuentran en igual abundancia. Alej. Humboldt y Bonpland, en sus viajes á la América equinoccial, dicen: "El tormento de los mosquitos y de los zancudos no es tan general bajo la zona tórrida como se cree generalmente. En las mesetas elevadas más de 400 toesas sobre el nivel del Océano, en las muy secas llanuras distantes de los grandes ríos, por ejemplo, Cumaná y Calabozo, no hay sensiblemente más maringuinos que en la parte más habitada de Europa." La influencia de la sequedad y distancia de los ríos, señalada por esos viajeros, desde luego se comprende, toda vez que la larva del mosquito y su ninfa son acuáticas, y que, para propagarse, el insecto adulto tiene que depositar sus huevos en el agua. En cuanto al impedimento que las alturas oponen á su propagación, estimo que será consecuencia de la misma dificultad que esos dípteros siempre experimentan en el vuelo ascendente después de haberse llenado de sangre, máxime si se trata de especies como la del *C. mosquito*, cuyas alas son tan pequeñas, puesto que esa dificultad no podrá menos que aumentar por efecto de la rarefacción del aire en las alturas considerables. En tal caso, se comprende que el mosquito se aparte instintivamente de esos lugares. También refieren los viajeros ántes citados que el buen misionero Bernardo Zea se había construído una habitación sobre un tablado de troncos de palma, donde ellos iban por las noches á secar las plantas que habían recogido y á redactar su Diario. "El misionero había observado con razón, dicen, que los insectos abundan comunmente en la capa más baja de la atmósfera, que se acerca de la tierra hasta unos 12 ó 15 pies de altura." Más adelante agregan esos autores: "á medida que se sube hacia la llanura ó meseta de los Andes, estos insectos desaparecen y allí se respira un aire puro..... á doscientas toesas de altura ya no se temen los

zancudos ó musticos."

Históricamente el mosquito es uno de los insectos más antiguamente observados. Aristóteles y Plinio hacen referencia á su trompa, que sirve á la vez para horadar la piel y chupar la sangre. El historiador griego Pausanias (citado por Taschemberg) menciona la ciudad de Myus, en Asia menor, situada en una ensenada cuya comunicación con el mar vino á cerrarse luego; cuando el agua del lago que así se formara dejó de ser salada, resultó tal plaga de mosquitos, que los habitantes abandonaron la ciudad y se trasladaron á Mileto. Así también, leemos en las Décadas de Herrera, Juan de Grijalva, cuando por primera vez descubrió las costas de Nueva España, el año de 1518, hubo de ocupar con su gente la ieleta que nombró San Juan de Ulúa, teniendo que hacer sus chozas "encima de los más altos médanos de arena de la isleta, por huir de la importunidad de los mosquitos." De allí mismo tuvo luego que salir al cabo de siete días, "no se pudiendo valer de los mosquitos," y Bernal Díaz del Castillo tuvo que irse á unos adoratorios de los indios, "huyendo de la molestia de los mosquitos." En fin, en 1519, casi en el mismo sitio donde hoy se levanta la moderna Veracruz, "los mosquitos zancudos, dice Herrera, y los chicos que son peores, fatigaban la gente de Cortés."

Dos especies de mosquitos he observado en la Habana desde el mes de Diciembre próximo pasado que vengo estudiando esos insectos. Una es grande, de color amarillo, con patas largas y delgadas, sin pintas notables; supongo que sea el idéntico zancudo que fatigaba la gente de Cortés en los arenales de San Juan de Ulúa por el año de 1519, y el *Culex cubensis* descrito en la obra de La Sagra. Su cuerpo, medido desde la raíz de la trompa hasta la extremidad anal, tiene de 5 á 7 milímetros de longitud. Esta especie sale exclusivamente de noche, después de las nueve ó diez, y prosigue sus molestas evoluciones hasta la madrugada: á ella han pertenido casi todos los mosquitos que he encontrado en los mosquiteros, donde una vez que se han llenado de sangre, suelen permanecer parte del día, mientras digieren la sangre que han chupado. La otra especie es el *Culex mosquito*, que nuestro distinguido naturalista cubano, D. Felipe Poey, llevó á París en los años 1817 ó 1820, donde fué clasificado por M. Robineau Desvoidy. He observado dos variedades de esta especie: una, la mayor, esbelta y vigorosa, de color gris obscuro, mide poco menos que el zancudo;

y otra más pequeña, de cuatro á cuatro y medio milímetros de longitud. No me he ocupado en buscar caracteres diferenciales entre estas dos variedades de una misma especie, puesto que la diferencia de sus dimensiones bastaba para mi objeto actual. Ambas variedades del *C. mosquito* presentan los distintivos siguientes: su cuerpo es obscuro, á veces casi negro ó color de acero; la superficie ventral y la superior del abdomen están como reforzadas por una capa espesa anillada de blanco, predominando á veces la parte blanca, de manera que parece blanco ó blanquecino el fondo y oscuros los anillos. En cada lado del abdomen se ven dos hileras de seis puntos anacarados, entre los cuales se coloca la membrana transparente que ha de distenderse para dejar ver la sangre ú otro líquido que el insecto ingiera. Hay cinco anillos blancos muy característicos en las patas traseras; corresponden á las articulaciones del tarso, metatarso y de la tibia, donde á veces existe otra sexta mancha blanca. En las patas del medio y en las delanteras hay dos ó tres pintas blancas. En los lados del tórax hay ocho ó diez puntos blancos irregulares, y en la parte antero-superior del mismo tórax se ve un conjunto de líneas blancas que figura bastante bien una lira de dos cuerdas, trazada en blanco sobre fondo negro. Los palpos y las antenas también llevan pintas blancas. Algunas de esas pintas con el tiempo y el roce suelen borrarse, pero es raro que dejen de persistir las más características. Las alas del *C. mosquito*, cuya nervadura excuso describir aquí, no presentan las manchas señaladas en el *Culex annulatus* de Europa, y son tan cortas que cerradas dejan descubierto el último segmento del cuerpo. Parece inútil advertir que, para observar los caracteres que dejo señalados, es indispensable emplear un vidrio de aumento; las lentes aplanáticas, de dos y media á tres pulgadas de foco, me han parecido las más convenientes.

El macho de ambas especies se reconoce fácilmente por sus antenas plumosas, que le dan el aspecto de llevar bigote, y por su trompa que parece trífida, debido á que los palpos son casi tan largos como ella, y después de quedar aplicados contra ella en los dos tercios superiores, se separan antes de llegar á la punta, contrastando notablemente con la trompa lisa de la hembra, cuyos palpos no llegan sino á una sexta parte de su longitud.

Las dos especies de mosquito no salen á las mismas

horas: al zancudo corresponde la noche y al *C. mosquito* el día. Deseoso de averiguar el motivo de ese reparto del día y de la noche entre las dos especies, pensé que el zancudo, á pesar de sus dimensiones mayores y su aspecto más robusto, quizá no estuviese organizado para resistir el calor del sol de nuestro verano, mientras que el mosquito con su integumento reforzado podría resistirlo mejor. Hice, pues, el siguiente experimento: el 9 de Junio, á las doce del día, expuse á los rayos directos del sol los dos termómetros de mi sigrómetro; al cabo de media hora el seco marcaba 42° 25 y el húmedo 31° 75; coloqué entonces, en lugar del instrumento, un tubo donde estaba aprisionado un zancudo, cogido ya desde cinco días, pero vivo y ágil todavía,—á los cinco minutos estaba muerto. Puse entonces otro tubo igual con un *Culex mosquito*, y después de dejarlo quince minutos lo encontré sin daño de la sangre ingerida deponer el mosquito partículas sanguinolentas, que tienen la facultad de disolverse con extraordinaria facilidad en el agua, aun después de haber permanecido secas durante varios meses. Esto se debe sin duda á la combinación de la sangre con la saliva que el insecto vierte en la herida, destinada, según opinión general, á dar mayor fluidez á la sangre que está chupando. Por lo regular, después de haber ingerido toda la sangre que corresponde á una picada no interrumpida, el mosquito no vuelve á picar, antes al contrario, evita posarse sobre la piel desnuda (sin duda porque le desagrada entonces el calor), hasta haber digerido toda la sangre. Este es el momento de la aovación en el zancudo.

No repetiré la descripción ya clásica de Reaumur, en que tan gráficamente explica el modo cómo la hembra del mosquito de Europa forma su botecillo tan elegante de huevos y lo echa al agua. Parece ser la misma operación la que ejecuta el zancudo de Cuba. Pero habiendo observado que las hembras zancudas, después de poner su botecillo de huevos, suelen quedar muertas sobre el agua, he llegado á creer que los cadáveres que Reaumur solía considerar como tantas recién nacidas naufragadas al desprenderse de la ninfa, en realidad serían los de las madres que se dejan morir al lado de sus huevos, quizá para contribuir á la alimentación futura de las larvas.

Las tres operaciones sucesivas: fecundación, picada y aovación ó postura de huevos, constituyen un ciclo ineludible dentro del cual habrá de girarse la existen-

cia del mosquito. La primera de estas funciones, la fecundación, es probable que, como en los demás insectos, tenga lugar una sola vez, bastando una sola impregnación del saco seminal por el semen del macho, para que en lo sucesivo queden fecundados todos los huevos que atraviesen la parte correspondiente de los oviductos. En la abeja cubana, ya nos lo ha dicho D. Felipe Poey, basta una sola fecundación de la hembra por el macho para que resulten fecundados todos los huevos que á millares debe poner aquella, durante los dos ó tres años que durará su existencia. Con las hembras del género *Culex* hasta ahora estudiadas, no hay lugar de poner á prueba esa fecundación prolongada, puesto que la ovulación se efectúa en ellas en una sola vez; pero no sucede así con las hembras del *C. mosquito*. Estas ponen sus huevos aislados ó en hileras de nueve á quince separados ó juntos, unas veces sobre el agua, otras sobre los cuerpos adyacentes, bastante cerca del nivel para que una pequeña elevación permita al agua bañarlos. Cualquiera que sea el valor de la hipótesis que he propuesto, para explicar la necesidad que tiene el *C. mosquito* de picar varias veces y llenarse otras tantas de sangre viva, á fin de llevar á cabo la postura de todos sus huevos, lo cierto es que las hembras de esa especie siempre se hallan en disposición de volver á picar después que han digerido la sangre que habían chupado en la primera picada. En el caso de una de esas hembras, cogida en el mes de Enero del corriente año, ella picó doce veces, y tres veces efectuó la ovulación durante los 31 días que vivió; habiendo ido á morir en los Estados Unidos, donde á la sazón la temperatura exterior estaba por debajo de 0° C.

Con el *C. cubensis* ó el zancudo, por lo contrario, no he logrado nunca una segunda picada con las hembras aprisionadas, hubiesen ó no puesto sus huevos. Posible es, sin embargo, que, en estado de libertad, ellas necesiten á veces varias picadas sucesivas antes de proceder á la ovulación; sí he observado alguna vez que venían á picarme, teniendo ya el vientre ocupado por alguna sangre; pero he creído que esto resultara por haber sido interrumpida la picada anterior antes que el insecto hubiese ingerido toda la sangre que le correspondiera.

Es evidente que bajo el punto de vista en que estoy considerando el mosquito, la especie *C. mosquito* se encuentra en condiciones admirables de aptitud para llevar de un individuo á otro la enfermedad que fuese

transmisible por medio de la sangre, toda vez que tiene múltiples ocasiones de chupar sangre de distintas procedencias y también de inficionar á distintos individuos; aumentando notablemente las probabilidades de que su picada pueda reunir las condiciones necesarias para que la transmisión se realice. Por otro lado, puesto que el *C. cubensis* absorbe por su trompa mayor cantidad de sangre virulenta, quizás sus lancetas queden más impregnadas y en condición de producir una inoculación más grave, máxime si ésta se efectúa á los pocos instantes de haber salido las lancetas de la zancuda del vaso capilar de un enfermo, habiendo sido interrumpida su primera picada. Aquí, pues, será más grave la infección, pero menos probable su ocurrencia.

No es posible, empero, comprender las extraordinarias facilidades que la picada del mosquito ofrece para la inoculación de cualesquiera partículas contagiosas que la sangre pudiese contener, sin antes hacerse cargo de la conformación y estructura del aparato que la hembra del mosquito emplea para picar y chupar la sangre. Lo que se ve de la trompa del mosquito en condiciones normales es la vaina, resultado de la transformación del labio inferior: ella nace por un pedículo implantado en la base de la cabeza, debajo de las otras piezas orales, está hendida en su parte superior y en toda su longitud hasta llegar á un botoncito terminal, que considero análogo á un par de palpos labiales, y de cuya extremidad salen las puntas de las otras piezas que contiene. La vaina del *C. mosquito*, á cuya especie he limitado mis observaciones, mide dos y medio milímetros de largo; una línea francesa, dice Reaumur, que tenía la trompa de la especie que él observó, y como quiera que nuestro mosquito á veces mete sus lancetas hasta muy cerca de su inserción, se verá cuán fácilmente habrá de alcanzar cualquier vaso que se encuentre á menos de quinto de centímetro de la superficie cutánea. Dentro de la vaina existen dos tubos que parecen sueltos en el fondo de su concavidad, donde los he visto algo tortuosos; los dos se reúnen en un tronco común, el cual ocupa la concavidad del pedículo de la vaina. Creo que por esos tubos vierta el mosquito la saliva acre é irritante que ocasiona el escozor de la picada, y destinada, según creen los naturalistas, á hacer más fluida la sangre que ha de correr por el sifón. En el interior de la vaina se encuentran seis piezas: una, la principal, es impar, procedente del labro ó labio superior, de consistencia córnea y prolongada

en forma de espolón hondamente acanalado y abierto por su parte superior, en toda su longitud, hasta terminar en una punta como la de un limpiadientes que se hubiese cortado en un cañón de pluma largo y angosto. Esta pieza es rígida y en toda su superficie externa presenta un labrado muy curioso, como si sobre ella estuviese aplicada una red cuyas mallas, en relieve, formaran unos paralelogramos pequeños con los ángulos más agudos dirigidos en el sentido longitudinal. Quizá en esas mallas innumerables podrían alojarse partículas de la sangre chupada. Las otras piezas consisten en dos pares de lancetas flexibles, correspondientes á las dos mandíbulas y á las maxilas, é implantadas á la raíz de los dos palpos maxilares que se ven de cada lado de la trompa y en una lengüeta hialina destinada á cerrar la canal de la lanceta principal. La estructura de las lancetas es enteramente distinta: la lanceta mandibular consiste en una pieza acanalada y con tendencia á conservar su forma encorvada; su cara externa es convexa y presenta en toda su extensión unas crestas transversales paralelas, y otras longitudinales. La cara externa es de un color verdoso. También los bordes de su hendedura longitudinal presentan unos dientes de filo muy acerado; la punta de esta lanceta es encorvada y convexa, presentando dientes en sus bordes libres hasta la misma extremidad, cuya sutileza y fuerza deben ser muy considerables, á juzgar por su aspecto. Las lancetas maxilares, cuyo origen se encuentra más abajo del de las mandibulares, tienen la forma de una cinta cuyos bordes estuvieran doblados hacia adentro, como un dobladillo, y cuyo borde libre, así doblado, estuviese armado de una franja de dientes muy finos y largos; esta lanceta, en su conjunto, se asemeja á las hojas largas y angostas de ciertas hierbas, y también por su punta ancha, de doble filo, reforzada en el medio por una nervura longitudinal. Todas estas piezas se amoldan sobre el espolón del labro de tal manera, que al separar la vaina, antes de la disociación de las lancetas, parece imposible que la varilla redonda ú ovalada con su punta única, aguda y afilada, que se tiene á la vista, pueda ser el conjunto de las seis piezas que acabo de describir.

La operación de la picada comienza por la exploración que hace el mosquito, tentando la piel con la punta de su trompa hasta encontrar un lugar conveniente y entonces se planta con decisión sobre sus seis patas (á veces mantiene las dos traseras levantadas), el

tórax fuertemente inclinado hacia abajo, la cabeza y la trompa casi verticales. En seguida, con la simple vista ó mejor con un vidrio de aumento, se ve la vaina encorvarse hacia atrás, en su parte superior, y gradualmente doblarse en forma de una < horizontal, cuyas ramas van gradualmente aproximándose á medida que las lancetas penetran en la piel. Estas aparecen en forma de un alambre muy sutil, tendido entre las extremidades de la < figurada por la vaina y se las ve moverse al par que los palpos maxilares, hasta que, habiendo penetrado en la luz de algún vaso capilar, el insecto se inmoviliza mientras se llena, al parecer sin ningún esfuerzo de su parte, con la sangre roja y caliente de su víctima. Durante esta operación se siente á veces un escozor instantáneo, debido á la saliva que el mosquito vierte en la herida por la extremidad de la vaina, cuyo botón se halla cogido en la cisura. El vientre se abulta y la sangre se hace visible al través de sus paredes laterales transparentes. Esta operación por lo regular dura varios minutos y yo la he visto prolongarse hasta siete.

Sabido es que los mosquitos, aunque nunca desaparecen del todo en la Habana, tienen sin embargo épocas estacionales en que son mucho más numerosos que en otras. Su número me ha parecido aumentar progresivamente desde Abril ó Mayo hasta Agosto, para de allí decrecer gradualmente hasta Febrero y Marzo. Pero hay un punto relativo al estudio que venimos haciendo, que no es posible desatender por razón de las numerosas aplicaciones que puede tener en ciertos casos, hasta ahora inexplicados, de reproducción de epidemias de fiebre amarilla, sin nueva importación, en localidades hasta entonces consideradas inmunes. Me refiero á la invernación del mosquito, fenómeno que no se observa en nuestro clima, al menos en todas sus fases, pero que constituye, según las más autorizadas opiniones, el modo regular de propagarse la especie en los climas fríos. Dice en efecto el Dr. Taschenberg: "las hembras fecundadas de la última generación invernan en los más diversos escondrijos, principalmente en las cuevas de las casas, para luego propagar su especie en la siguiente primavera."

En cuanto á las condiciones que favorecen el desarrollo de los mosquitos citaré el calor, la humedad, la presencia de aguas estancadas, las localidades bajas y oscuras, la ausencia de viento y la estación del verano; pero no estará de más recordar la observación de Hum-

boldt, de que la abundancia de los mosquitos no siempre obedece á condiciones meteorológicas ni topográficas determinables.

He hablado ya de la dificultad que el mosquito, por motivo de sus alas relativamente pequeñas, necesariamente ha de experimentar para elevarse en el aire después de haberse saciado de sangre. La misma causa impedirá también que el mosquito se aparte mucho del lugar donde haya efectuado su última picada y, en general, que pueda mantenerse mucho tiempo en el aire, ni trasladarse á distancias considerables, sin posarse. Mas esto no se opone á que, escondido entre la ropa, en un sombrero, en una maleta de viaje, etc., el mosquito, después de una picada reciente, pueda ser transportado á grandes distancias, llevando quizá en sus lancetas el germen inoculable de la enfermedad.

En fin, débense tener en cuenta las preferencias que los mosquitos manifiestan hacia ciertas razas é individuos, notándose que la menos atormentada parece ser la africana, y los individuos más perseguidos por ellos, los de razas del Norte, recién venidos á las regiones tropicales de América. Parece verosímil que esto obedezca al grado de espesor de la piel y á las condiciones en que se efectúa la circulación capilar cutánea, puesto que esas circunstancias han de influir en la facilidad con que el mosquito hembra podrá procurarse la sangre que necesita para completar el ciclo de su existencia. Es probable que las emanaciones olorosas de la secreción cutánea sean el atractivo que induce á los mosquitos á reunirse al rededor de las personas y sobre la ropa usada. Parece, pues, verosímil que esas secreciones, de olor distinto según las razas, contribuyen para atraer ó alejar á esos insectos.

Hecha esta larga, pero necesaria explicación de los hábitos de nuestros mosquitos de Cuba y del *C. mosquito* en particular, veamos ¿de qué medios podría valerse el mosquito para comunicar la fiebre amarilla, si esta enfermedad fuera realmente transmisible por la inoculación de la sangre? Lo más natural, al hacernos esta pregunta, es pensar en la sangre virulenta que el mosquito ha chupado á un enfermo de fiebre amarilla y que puede ascender á 5 y hasta 7 ú 8 milímetros cúbicos, los mismos que, si el mosquito muriese antes de haberlos digerido, quedarían en excelentes condiciones para conservar durante largo tiempo sus propiedades infectantes. También podrá pensarse, sin duda, en la misma sangre que, en forma de excremento, de-

ponen los mosquitos en las aguas potables y otras, y que bien pudiera llevar la infección si ésta fuese susceptible de introducirse por la boca. Pero los experimentos de Ffirth y ciertas consideraciones directamente enlazadas con mi modo de apreciar la patogenia de la fiebre amarilla no me permitían detenerme en ninguno de esos modos de propagación. Voy á decir por qué. Cuando la Comisión Norte-Americana de Fiebre Amarilla al despedirse de nosotros, ahora dos años, nos dejó su valiosa colección de fotografías de las preparaciones microscópicas hechas por nuestro socio corresponsal el Dr. Sternberg, lo que más llamó mi atención fué la circunstancia allí demostrada de que los glóbulos rojos de la sangre salen enteros en las hemorragias de la fiebre amarilla; y como quiera que esas hemorragias se efectúan á veces sin rotura perceptible de los vasos, era forzosa la deducción de que, siendo ese síntoma el carácter clínico más esencial de la enfermedad, habría que buscarse la lesión principal en el endotelio vascular. Pensando luego en las circunstancias de que la fiebre amarilla es transmisible, que no ataca sino una vez á un mismo individuo, y que siempre presenta, en sus manifestaciones, un orden regular como el de las fiebres eruptivas, llegué á formarme una hipótesis en la que consideraba esa enfermedad como una fiebre eruptiva cuya erupción se hiciese en el endotelio vascular. El primer período sería el de la fiebre de invasión, la remisión coincidiría con el período de erupción, y el tercer período sería el de descamación. Si ésta se efectúa en buenas condiciones, el enfermo sólo presentará los indicios de una filtración exagerada de algunos elementos de la sangre al través del endotelio nuevo: si en malas, el endotelio, mal repuesto, no podrá impedir la salida de los elementos figurados de la sangre, vendrán las hemorragias pasivas y habrá peligro eminente para el paciente. En fin, asimilando esta enfermedad á la viruela y á la vacuna, me dije que para inocularla habría que ir á buscar la materia inoculable en el interior de los vasos de un enfermo de fiebre amarilla y llevarla también al interior de un vaso sanguíneo de otro individuo en aptitud de recibir la inoculación. Condiciones todas que el mosquito realiza admirablemente con su picada y que sería punto menos que imposible á nuestras manos imitar con los instrumentos comparativamente toscos y groseros que puede producir el más hábil de nuestros artesanos.

Tres condiciones serán pues necesarias para que la fiebre amarilla se propague: 1ª Existencia de un enfermo de fiebre amarilla, en cuyos capilares el mosquito pueda clavar sus lancetas é impregnarlas de partículas virulentas, en el período adecuado de la enfermedad; 2ª Prolongación de la vida del mosquito entre la picada hecha en el enfermo y la que deba producir la enfermedad, y 3ª Coincidencia de que sea un sujeto apto para contraer la enfermedad alguno de los que el mismo mosquito vaya á picar después.

La primera de estas condiciones, desde que el Dr. D. Ambrosio G. del Valle ha comenzado á publicar sus valiosas tablas mortuorias, puede asegurarse que jamás ha dejado de hallarse realizada en la Habana; en cuanto á la segunda y la tercera, es evidente que las probabilidades de que resulten cumplidas dependerán de la abundancia de los mosquitos y del número de individuos susceptibles de recibir la inoculación que se encuentren en la localidad. Creo que, efectivamente, en la Habana han coincidido siempre las tres condiciones señaladas los años en que la fiebre amarilla ha hecho sus mayores estragos.

Tal es mi teoría, señores, y en verdad ella ha venido á robustecerse singularmente con las numerosas coincidencias históricas, geográficas, etnológicas y meteorológicas que ocurren entre los datos que se refieren al mosquito y los que tenemos acerca de la fiebre amarilla, y también con la circunstancia de que podemos con su auxilio explicar circunstancias hasta ahora inexplicables por las teorías existentes. La fiebre amarilla, no fué conocida en la raza blanca hasta después del descubrimiento de América, y según Humboldt, es opinión tradicional en Veracruz, que allí ha existido esa enfermedad desde que vinieron á sus playas los primeros exploradores españoles. Allí también hemos visto que los españoles desde su primera venida señalaron la presencia de mosquitos, y, con más insistencia que en ningún otro lugar de América, en los mismos arenales de San Jun de Ulúa. Las razas más expuestas á padecer la fiebre amarilla son también las que más sufren de las picadas de los mosquitos. Las condiciones meteorológicas que más favorecen el desarrollo de esa fiebre son las mismas que acrecientan el número de los mosquitos: en abono de cuyo aserto puedo citar varias epidemias parciales respecto de las cuales se afirma, bajo la garantía de médicos competentes, que durante la prevalencia de la fiebre

amarilla los mosquitos habían sido mucho más numerosos que en épocas pasadas, haciéndose constar, en un caso, que los mosquitos eran de especie distinta de las que allí solían observarse, y que llevaban unas manchas grises en el cuerpo. Respecto á la topografía de la fiebre amarilla, el mismo Humboldt, que señala las alturas hasta donde suelen llegar los mosquitos, en otro lugar menciona los límites de elevación hasta donde suele propagarse la fiebre amarilla. En fin, en el caso muy notorio del vapor de los Estados Unidos "Plymouth," en que dos casos defiebre amarilla se desarrollaron en alta mar después de haber sido desinfectado y congelado el buque durante todo el invierno, y de haber transcurrido cuatro meses desde el último caso observado á bordo, en el mes de Noviembre anterior, se explica perfectamente por la invernación de aquellos mosquitos que hubiesen picado, á los anteriores casos de vómito, y luego encontrándose otra vez bajo una temperatura tropical, volvieron á salir de su letargo y picaron á dos de los nuevos tripulantes del buque.

Apoyado, pues, en esas razones, determiné someter á prueba experimental mi teoría, y después de obtener las debidas autorizaciones, procedí de la manera siguiente:

El día 28 de Junio próximo pasado, llevé á la casa de salud de Garcini un mosquito cogido antes de que hubiera picado, y lo hice picar y llenarse de sangre en el brazo de un enfermo, D. Camilo Anca, que se hallaba en el quinto día de fiebre amarilla, perfectamente caracterizada, y de cuya enfermedad falleció dos días después. Habiendo luego elegido á F. B., uno de los veinte individuos sanos no aclimatados á esa enfermedad, que se encuentran actualmente sometidos á mi observación, le hice picar, el 30 de Junio, por el mismo mosquito. Teniendo entonces en cuenta que la incubación de la fiebre amarilla, comprobada en algunos casos especiales, varía de uno á quince días,—seguí observando al citado F. B.—El día 9 empezó á sentirse mal, y el 14 entró en el Hospital con una fiebre amarilla benigna, pero perfectamente caracterizada por el íctero y la presencia de albúmina en la orina, la cual persistió desde el tercero hasta el noveno día.

El día 16 de Julio hice picar en la misma casa de salud de Garcini un caso de fiebre amarilla grave, Don Domingo Rodríguez, en tercero ó cuarto día de enfermedad. El día 20 me hice picar á mí mismo por el

mismo mosquito, y en fin, el 22, hice picar á A. L. C., otro de los veinte observados. A los cinco días entró en el hospital con fiebre, dolores fuertes de cabeza y de cintura é inyección de la cara; duraron tres días estos síntomas, entrando en convalecencia el individuo sin haber presentado íctero ni albuminuria. Fué diagnosticado de fiebre amarilla abortiva por el facultativo de asistencia.

El día 29 de Julio hice picar por un mosquito á D. L. R. que se hallaba gravemente atacado de fiebre amarilla en la casa de salud de Garcini en tercer día de la enfermedad. El 31 hice picar por el mismo mosquito á D. L. F., otro de los veinte individuos de mi observación. El 5 de Agosto á las dos de la madrugada fué invadido de los síntomas de una fiebre amarilla ligera; presentó luego algún íctero, pero creo que no llegó á presentar ninguna albúmina; en todo caso su enfermedad fué calificada de fiebre amarilla abortiva.

En fin, el 31 de Julio hice picar por otro mosquito al mismo D. L. R., enfermo de fiebre amarilla en la casa de salud de Garcini, en quinto día ya de la enfermedad, de la cual falleció al día siguiente. El 2 de Agosto hice picar por el mismo mosquito á D. G. B., otro de mis veinte observados. Hasta ahora esta última inoculación no ha producido resultado, pero como quiera que no han transcurrido sino doce días, todavía se encuentra dentro de los límites de la incubación. (1)

Debo advertir que los individuos que acabo de citar son los únicos á quienes he inoculado por el mosquito, de la manera indicada, y que desde el 22 de Junio hasta ahora (en el término de siete semanas) no han ocurrido entre mis veinte observados más casos de fiebre amarilla confirmada, ni tampoco de forma abortiva, que los tres primeros inoculados.

Estas pruebas son ciertamente favorables á mi teoría, pero no quiero incurrir en la exageración de con-

(1) Este individuo, D. G. B., se presentó el día 17 de Agosto al reconocimiento, manifestando que desde unos 6 días venía padeciendo dolores de cabeza, inapetencia y malestar general. El 24 le encontré con alguna fiebre (Pulso 100; temperatura 38°2), y manifestó haber tenido fiebre más alta la víspera y el mismo día, por la mañana. No pasó, empero, de una fiebre muy ligera, puesto que el enfermo no tuvo que darse de baja, ni exigió medicación alguna. Cesó la fiebre, pero los dolores de cabeza continuaron algunos días más.

Otro individuo, I. C., de los veinte, fué picado el día 15 de Agosto, por un mosquito que, dos días antes se había llenado

en el brazo de un enfermo del Hospital Militar, en 5º día de fiebre amarilla. No parece que este inoculado haya estado formalmente enfermo hasta ahora (Septiembre 1º). No he podido verle después de la inoculación, y sólo por aviso verbal tuve noticia de que se hallaba algo enfermo los días 24 y 25 de Agosto, pero tampoco tuvo que darse de baja.

siderar ya plenamente probado lo que aun no lo está, por más que sean ya muchas las probabilidades que puedo invocar en mi favor. Comprendo demasiado que se necesita nada menos que una demostración irrefutable para que sea generalmente aceptada una teoría que discrepa tan esencialmente de las ideas hasta ahora propagadas acerca de la fiebre amarilla; mas, entretanto se proporcionan los datos de que aun carecemos, séame permitido resumir en las siguientes conclusiones los puntos más esenciales que he tratado de demostrar.

CONCLUSIONES.

1ª Queda comprobado que el C. mosquito pica, por lo regular, varias veces en el curso de su existencia, no tan sólo cuando su primera picada ha sido accidentalmente interrumpida, sino también cuando ha podido saciarse por completo, transcurriendo, en este caso, dos ó más días entre sus picadas.

2ª Como quiera que la disposición de las lancetas del mosquito se adaptan muy bien á retener partículas que se encuentren suspendidas en los líquidos que el insecto ingiere, no puede negarse la posibilidad de que un mosquito conserve en sus lancetas partículas del virus contenido en una sangre enferma y con él mismo inocule á las personas á quienes en lo sucesivo vaya á picar.

3ª La experimentación directa para determinar si el mosquito puede transmitir la fiebre amarilla de la manera indicada, se ha reducido á cinco tentativas de inoculación, con una sola picada, y éstas dieron por resultado: un caso de fiebre amarilla benigna, pero perfectamente caracterizada con albuminuria é íctero, dos casos calificados de *fiebre amarilla abortiva* por los facultativos de asistencia, y dos de fiebres efímeras ligeras, sin carácter definido. (1) De lo cual se infiere que la inoculación por una sola picada no es suficiente para producir las formas graves de la fiebre amarilla, debiéndose aplazar el juicio respectivo á la eficacia de la inoculación para cuando sea posible experimen-

(1) Respecto de estos dos últimos, véase la nota anterior.

tar en condiciones absolutamente decisivas, esto es, fuera de la zona epidémica.

4^a Si llegase á comprobarse que la inoculación por el mosquito no tan sólo puede reproducir la fiebre amarilla, sino que es el medio general por el cual la enfermedad se propaga, las condiciones de existencia y de desarrollo de ese díptero explicarían las anomalías hasta ahora señaladas en la propagación de la fiebre amarilla y tendríamos en nuestras manos los medios de evitar, por una parte, la extensión de la enfermedad, mientras que, por otra parte, podrían preservarse con una inoculación benigna los individuos que estuviesen en aptitud de padecerla.

Mi única pretensión es que se tome nota de mis observaciones y que se deje á la experimentación directa el cuidado de poner en evidencia lo que hay de cierto en mis conceptos. Esto no quiere decir, empero, que yo rehuya la discusión de las ideas que he emitido; antes al contrario, tendré el mayor gusto en oír las advertencias ú objeciones que quisieren hacerme mis distinguidos compañeros.

Habana, 14 de Agosto de 1881.
